

## TIEMPOS DE LA CUEVA DEL CHIVATO

Siglo XVI. Cabo de Hornos: las aguas más traidoras del mundo: la estrecha pasada entre América y la Antártica, donde se juntan el Pacífico y el Atlántico (dos océanos que tienen un desnivel de veinte metros) produciendo una infernal lucha de aguas. Desde temprano en la historia los marinos han aprendido a temer ese nombre maldito, y muchos capitanes preferirán desembarcar a sus pasajeros importantes en Argentina para que se vayan por tierra a Chile y –si el barco llega– proseguir viaje. Son decenas, son cientos, y pronto serán miles las naves que han entrado con mar tranquila y no han salido nunca del mar del diablo. Y los navegantes, todavía durante siglos, pese a la perfección de las máquinas de navegar, seguirán admirando a los afortunados que cruzaron el Cabo de Hornos.

Eso es en el sur más sur. Pero en la bahía de Valparaíso los tripulantes de las carabelas advierten que con la marejada sus naves son movidas un poco hacia la costa; muy pronto sale el viento, y luego hace su trabajo la corriente: pese a las mejores maniobras, las naves terminarán hechas astillas en ese acantilado, siempre el mismo, un espolón casi tan infernal como aquel mar del sur. Pronto, de boca en boca, se va propagando un nombre para el roquerío maldito: Cabo de Hornos...

Y, como todos los roqueríos de la costa, ese Cabo de Hornos tiene oquedades, sinuosidades, figuras de piedra que pueden verse o perderse según suba o baje la marea, cantidad de algas que se mueven con las olas, enorme pegoteo de mariscos... y hay más: en la base precisa –con entrada alargada– existe una caverna.

Los indígenas, que están siendo cristianizados, han confesado que esa cueva es temida desde mucho antes. Y los cristianos advierten que a su alrededor no aparecen sobrevivientes de los naufragios, ni se acumulan –cuando está la marea baja– los cadáveres de lobos marinos, aves y peces extraños que siempre están llegando a las orillas; porque la bahía hierve de vida y –donde hay vida– hay muerte. Mucha muerte...

En las partes superiores del roquerío Cabo de Hornos, los marinos pueden ver un cerro con vegetación más o menos rala... donde a veces pasean algunos animales. Sin embargo, también ha sido visto allá abajo,

para extrañeza de todos, en la casi inexistente franja costera un animal extraño: ¿un chivato? ¿un chivo vive en esa cueva? ¿cómo es posible, de qué se alimenta? Y comienzan las especulaciones. Pronto a todo el cerro cercano al roquerío se le llamará «Cerro del Chivato», nombre que aparecerá en documentos porteños ya en el siglo XVII, porque el misterioso animal se ha adueñado de las conversaciones y de los miedos: «-¿Qué pasó con los sobrevivientes?: el galeón fue a estrellarse en la costa y los botes que fueron al rescate alcanzaron a ver personas en la orilla, entre las olas...». «-En esa cueva vive el chivato, un animal del demonio». «-El chivato come gentes, las ataca, las arrastra dentro de su cueva y allí los va devorando». «-La bestia devora el cuerpo, pero también el alma». «-Dicen los marinos que a pleno día vieron siluetas que entraban a la cueva ¿quién sería tan temerario para arriesgarse a ser devorado por la bestia?». «-Los imbunches, que son seres malditos ayudantes del demonio, puesto que -por si había dudas- el chivato ha probado ser como el macho cabrío que adoran las brujas». «-¿Dónde termina esa caverna, o lleva directamente a las llamas del infierno?». «-Nadie puede saberlo, pero llega mucho más allá de la muerte». Y esa cueva alargada se transformará -con los años- en el mayor miedo que jamás haya habido en Valparaíso. Al crecer la ciudad y dividirse en dos núcleos separados por un cerro y por la costa, la gente preferirá enfilarse por cualquier rodeo antes que pasar por ahí y -si está obligada a transitar por los alrededores- repetirá conjuros o asistirá a misas previas, porque esa cueva se hará símbolo de lo más temido por los porteños de esas épocas: aquello que impide el justo premio al desvelo y sacrificio: el demonio.

\*\*\*

Siglo XIX. Cuando las oficinas del Banco de Chile en Valparaíso se cambiaron de lugar, vinieron de inmediato a instalarse los joyeros de Nagale y Hepp, porque querían guardar sus riquezas en la bóveda más segura del mundo: una cueva de roca sólida, tapiada y con concreto y acero en el final, que quedaba exactamente detrás del edificio bancario. Los joyeros habrían podido reírse, pues sabían que precisamente ese lugar -hace décadas- había sido temido por todos, ya que los porteños creían que pasando a su alrededor podían ser asaltados, despojados e incluso asesinados por bandas de criminales

que se refugiaban en la cueva cuyos restos se transformarían en caja de fondos.

En 1830 los comerciantes ingleses, que desde 1817 llegaban porque Valparaíso era garantía de buenos negocios, (así como los viajeros entre las dos partes de la ciudad debían pasar frente al Chivato, los viajeros por el mundo debían pasar por este «emporio del Pacífico»), habían pedido a la tripulación de un buque de guerra de Su Majestad que penetrara de noche en la cueva y sacara a viva fuerza a todos los vagos y delincuentes que vivían en ese antro. Así lo hicieron, autorizados por la gobernación, pero no encontraron lo que buscaban: o no se internaron mayormente en esas profundidades o era pura leyenda que había forajidos que escondían ahí —como en las Mil y Una Noches— el producto de sus robos.

Valparaíso había dejado atrás su pasado aventurero para tornarse comercial: diversos empresarios habían discurrido que habría más rapidez y seguridad en el traslado de sus embarques si se reparaba y ampliaba el camino costero entre el sector de El Almendral y el puerto. Antes, el paso dependía de la marea: si estaba baja, se tenían seis horas para circular, hasta que las olas subían de nuevo. Si había marejada, claro está, no se podía pasar. En estas condiciones se empezó a construir un sendero, al principio, por el que nadie quería transitar por temor al chivato. Después, un camino que a cada rato destruía el mar. Luego, remoción de rocas, ensanchamiento de la vía...

Poco a poco, a pólvora limpia, iría desapareciendo el roquerío Cabo de Hornos, para ceder espacio a la «calle del Cabo», que podía ser transitada por carretas y con el tiempo se llamaría Esmeralda. El Cabildo necesitaba recursos para arreglar el camino y discurrió —1799— una medida que precipitó amargas protestas: puso unas trancas de madera junto al único peñón de piedra que quedaba, el Rautillo, y procedió a cobrar a todo el que pasara con leña o verduras. Luego de la Independencia, en 1822, era un país lo que tenía que ser arreglado: el Cabildo, en consecuencia, subió el peaje a dos reales para las carretas y lo mantuvo en medio real para los paseantes a caballo, inventando modalidades que se quedarían pegadas: la de los domingos y festivos y la del todos pagan.

Para esa época habían sucedido dos cosas: una, el mar había retrocedido tanto que, más de un siglo después, se podría bromear

diciendo que «antes los barcos se hundían en las plazas»; otra, don Joaquín Villaurrutia las había emprendido contra las rocas del sector porque quería construir bodegas.

La todavía llamada «Cueva del Chivato», pues, con sus historias de ladrones, vino a quedar bastante disminuida, sin embargo –por décadas– la gente seguiría temiendo pasar por sus alrededores porque se había hecho símbolo de lo más temido por los porteños de la época: aquello que impide el justo premio al desvelo y sacrificio: la pérdida de dinero.

\*\*\*

Tarde o temprano habrá que despejar el terreno para que las aeronaves puedan circular sin rodeos: los ingenieros determinarán que el paso de una galaxia a otra se facilitaría con un canal espacial. Para construirlo, habría que demoler el planeta Tierra. El proyecto se aprobará, se trasladará a los habitantes y empezarán los trabajos.

La idea no parece tan descabellada como parecía antes la construcción de un acceso artificial entre el Pacífico y el Atlántico... y sin embargo, en 1914, se abrió el Canal de Panamá. Desde esa fecha empezó a caer la guillotina: pocas naves paraban en este puerto, que había sido el centro y ahora era el final, a abastecerse de combustible, comida, sebo, jarcias o placeres. Del período de auge irían quedando grandes obras. Casas señoriales que empezarían a pudrirse de humedad y polillas, y se irían subdividiendo en piezas para arriendo: «Señoritas solas, quince piezas con o sin pensión». Había llegado la decadencia: en los cerros proseguía la apoteosis de la lata: piedras en el techo para que no se vuele, calaminas oxidadas, escalas con peldaños a medio deshacer, basura acumulada en las esquinas, desempleo, gatos asilvestrados en manada, faroles insuficientes... Restos de fiesta.

Ya en 1930 surgía la primera agrupación de nostalgia y defensa, «Ciudadanos por Valparaíso», a la que se iría agregando un amplio etc. Largas conversaciones que ya no se referían al futuro sino al pasado. Raúl García Fernández escribiendo sobre el puerto, preocupado de cuántos veleros se apretujaban en la bahía aquella vez en que se incendió uno y el fuego se propagó a decenas. Y, ahora, en el agua, dos o tres mercantes. Archibaldo Peralta conversando sobre el número de almacenes florecientes en el centro en 1900. Y en ese

centro, todas las semanas, bajaba sus cortinas otro comerciante. Roberto Hernández recordando cuando se podía pasear por el Barrio Puerto y escuchar a la repetida señora en la ventana: «Joven, usted se ve que no es de mal vivir: no llame al peligro metiéndose en tanta parte; yo pongo *mi casa y mis niñas* a su disposición». Y en ese barrio quedaban dos locales y un par de moribundos hoteles parejeros...

Los amantes de la ciudad empezaron a buscar los hitos de la portenidad. ¿No dicen que el miedo que duró siglos era una caverna, la Cueva del Chivato? Pero ¿dónde quedaba la tal caverna? En el plan ya no había un estrecho paso entre el mar y el cerro: había calles paralelas y atoché de vehículos: Esmeralda, Blanco, Cochran, Errázuriz, sin contar el sitio destinado al paso del tren y a la franja de instalaciones portuarias. Imposible fijar el sitio exacto sin la referencia del peñón Cabo de Hornos; además, la forma interior de la cueva siempre fue un misterio... ¿Cuán larga era? ¿Hasta dónde llegaba?

En 1978 –a iniciativa del dibujante Lukas– se decidió colocar un recordatorio. El único sitio visible de la vieja y sólida muralla de cerro había quedado junto a una escala, y allí se instaló una pequeña plaquita blanca aunque el lugar no correspondiera exactamente: el último vestigio de un espanto que nos define:

